

La marca de la marea

Elizabeth Bear

Arcana mundi: cuentos de fantasía y ciencia ficción

Calcedonia no estaba construida para llorar. No tenía esa capacidad, a no ser que sus lágrimas fueran frías y afiladas gotitas de cristal templado por el calor infernal que la había dejado mutilada.

Lágrimas como esas podrían deslizarse por su piel sobre los sensores derretidos y caer con un indiferente ruido metálico en la arena. Y si de verdad se hubieran derramado, las habría recogido junto al resto de maltrechas alhajas para sumarlas al tesoro de preciados desechos que pendían de las redes y reforzar así su coraza abollada.

La habrían llamado derrelicto si quedara alguien para llamárselo. Era la última máquina de guerra, una lágrima achatada de tres patas tan grande como un tanque, con dos enormes pinzas y un manipulador de precisión plegado como el pedipalpo de una araña bajo una cabeza en forma de torreta que coronaba su extremo puntiagudo, revestida con una armadura policerámica que parecía una telaraña de cristal irrompible. Abandonada a la deriva por sus lejanos amos, cojeaba por

la playa arrastrando un miembro fundido. Estaba prácticamente en ruinas.

Fue en la playa donde conoció a Belvedere.

Las conchas multicolores desenterradas por el reflujo de la marea se desmenuzaban en arenilla húmeda bajo el peso de la extremidad colgante de Calcedonia. Era una de las dos traseras, pero resultaba menos engorrosa sobre la compacta arena. Le servía de pivote y, mientras se mantuviera alejada de las rocas, no encontraba obstáculos sobre los que tuviera que arrastrarla.

Mientras bregaba por avanzar junto a la marca de la marea Calcedonia se dio cuenta de que había alguien observando. No levantó la cabeza. Tenía el chasis equipado con detectores que rastrearon y localizaron automáticamente la figura que se agazapaba junto a la roca erosionada. Tuvo que recurrir a un reconocimiento óptico para escanear la maraña de algas y de madera flotante, de poliestireno y vidrio marino que marcaban el límite de la pleamar.

La observaba desde el fondo de la playa, pero estaba desarmado y sus algoritmos no lo consideraron una amenaza.

Menos mal. Tenía cariño al truncado peñasco de arenisca junto al que estaba acucillado.

Al día siguiente allí estaba de nuevo, observando. A ella le fue bien ese día: encontró una piedra lunar, algunos cristales de roca, un poco de cerámica de color rojo anaranjado y vidrio de mar que la marea había vuelto opalescente.

—¿Cas cogió?

—Cuentas dejadas por el naufragio —respondió Calcedonia.

El chico había pasado días acercándose con sigilo hasta que se decidió a seguirla como las gaviotas, recolectando las coquinas que la

extremidad colgante de Calcedonia desenterraba y metiéndolas en una bolsa de malla remendada. Sustento, supuso ella, y así era, pues el chico cogió de la bolsa uno de los diminutos moluscos y de alguna parte sacó una navaja con el filo roto para abrir la concha. Los sensores de Calcedonia colorearon la navaja de tonalidades claras. Era un arma, pero no representaba una amenaza para ella.

El chico era sin duda habilidoso —giró, chupó y tiró la concha en menos de tres segundos—, pero aquello era poco más que un bocado. Mucho trabajo para tan poca recompensa.

Además de huesudo estaba andrajoso y parecía pequeño para ser un humano. Tal vez era un niño.

Calcedonia pensaba que él le preguntaría «¿qué naufragio?» y entonces ella señalaría con un vago gesto hacia la bahía, donde antes se elevaba la ciudad, y respondería «hubo muchos». Sin embargo, el chico la sorprendió.

—¿Pa qué las coges? —Se limpió la boca con una zarpa llena de arena, la navaja rota sobresalía despreocupadamente de su puño.

—Cuando tenga suficientes voy a hacer collares.

Calcedonia detectó algo bajo una maraña de algas llamadas «dedos de muerto», un destello de luz, así que empezó el laborioso proceso de agacharse para alcanzarlo, al tiempo que iba compensando numéricamente el funcionamiento defectuoso de sus giroscopios.

El presunto niño observó con avidez.

—No, no —dijo—. Deso no taces un collar.

—¿Por qué no? —Descendió un centímetro más, apoyando el miembro fundido. No le preocupaba caerse.

—Vi de que son diferentes.

—¿Y? —preguntó ella, al tiempo que lograba descender otros pocos centímetros más. El sistema hidráulico gimió. Algún día, ese sistema o las células de combustible dejarían de funcionar y se quedaría paralizada en esa postura; una estatua corroída por el aire salado y el mar,

con el flujo y el reflujo de la marea lamiendo su cuerpo. Tenía la coraza agrietada y ya no era estanca.

—Que no toas son cuentas.

Calcedonia barrió a un lado los dedos de muerto con el manipulador. Desenterró el tesoro: un trozo de piedra gris azulado que tenía la forma de un hombre gordo y contento. No tenía agujeros. Calcedonia volvió a ponerse derecha con cuidado y giró la figurita hacia la luz. La piedra estaba estructuralmente intacta.

Del manipulador contrario extrajo un taladro de punta de diamante tan fino como un pelo y atravesó la figurita, de arriba abajo. A continuación la enhebró con un hilo de alambre, anudó los extremos, los endureció y la añadió a la guirnalda de cuentas que le columpiaba sobre el desfigurado chasis.

—¿Y bien?

El supuesto niño rozó el pequeño Buda con la yema de un dedo y la figura comenzó a columpiarse contra la placa de cerámica destrozada. Calcedonia volvió a levantarse despacio, hasta donde él ya no alcanzaba.

—Soy Belvedere —dijo él.

—Hola —saludó Calcedonia—. Soy Calcedonia.

Al atardecer, con la bajamar, el niño se puso a corretear, parloteando a la estela de Calcedonia, trotando como un loco entre bandadas de gaviotas para recoger coquinas a manos llenas, lavarlas en la espuma de las olas y devorarlas crudas. Calcedonia lo ignoró como pudo, activó sus reflectores y concentró el brillo en la marca de la marea.

Tras algunos pasos fatigosos otro tesoro llamó su atención. Era una cadena enrollada con unas pocas cuentas brillantes atrapadas: cristales atravesados por hilos de oro y plata. Calcedonia comenzó el laborioso proceso de recuperación...

Pero se detuvo cuando Belvedere saltó delante de ella, cogió la cadena con una mano mugrienta de uñas rotas y se la arrebató. Calcedonia

se quedó paralizada en esa posición, a punto de perder el equilibrio. Estaba ya presta a lanzarse para arrancarle el tesoro al niño y arrojarlo de cabeza al mar cuando Belvedere se puso de puntillas y se lo ofreció, levantándolo por encima de su cabeza cuanto podía. Los reflectores proyectaron la negra sombra del chico sobre la arena, iluminaron cada uno de los pelos de su cabeza y de sus cejas con profundo alivio.

—Más fácil si te las cojo yo —dijo él, al tiempo que el manipulador de Calcedonia se cerraba con delicadeza en torno al extremo de la cadena.

Elevó el tesoro para examinarlo bajo los reflectores. Un segmento bastante largo, de siete centímetros, cuatro cuentas brillantes y coloridas como joyas. Su cabeza chirrió al levantar la cadena y de las junturas cayó una llovizna de corrosión.

Enganchó la cadena en la red que le envolvía el armazón.

—Dame tu bolsa —dijo.

Belvedere se llevó la mano a la empapada red llena de bivalvos crudos que goteaban por su pierna desnuda.

—¿Mi bolsa?

—Dámela. —Calcedonia se acercó, estaba ladeada a causa de su destrozada extremidad pero así y todo le sacaba dos metros y medio al niño. Extendió uno de los manipuladores y de algún archivo en desuso desenterró un protocolo para tratar con civiles—. Por favor.

Belvedere, con dedos húmedos, se peleó con el nudo, desató la bolsa de la cuerda que empleaba a modo de cinturón y se la ofreció a Calcedonia. Ella la cogió con un manipulador y la levantó. Una muestra reveló que el tejido era algodón y no nailon, así que lo plegó en los dos manipuladores más grandes y envió al contenido un pulso de microondas a baja potencia.

No debería. Aquello agotaba sus baterías, las cuales no tenía forma de recargar, y debía completar una tarea.

No debería... pero lo hizo.

Salió vapor de sus pinzas y las conchas se abrieron de golpe, asándose en su propio jugo y en la humedad de las algas con las que el chico había recubierto la red. Le devolvió la bolsa con cuidado, tratando de que no se perdieran los líquidos por el camino.

—Cuidado —le advirtió—. Está caliente.

El chico cogió la bolsa con cautela y, dejándose caer, se sentó a los pies de Calcedonia con las piernas cruzadas. Cuando retiró las algas, las conchas se extendieron como pequeñas joyas —naranja claro, rosa, amarillo, verde y azul— en su nido de algas verde cristal. Ulva, la lechuga de mar. Probó una coquina con prudencia y después se puso a sorber sin pudor, arrojando las conchas en todas direcciones.

—Cómete también las algas —le dijo Calcedonia—. Tienen muchos nutrientes esenciales.

Cuando subió la marea, Calcedonia se retiró playa arriba como un enorme cangrejo encorvado al que le hubieran amputado cinco patas. Recortada contra la luz de la luna parecía tener el caparazón de un escarabajo; los tesoros oscilaban y traqueteaban en la red, castañeteando unos contra otros como piedras sobre la palma de una mano temblorosa.

El chico la siguió.

—Deberías dormir —dijo Calcedonia cuando Belvedere se puso a su lado sobre la suave duna, bajo los acantilados de barro donde no podían llegar las olas.

Él no respondió y a ella la voz se le distorsionó antes de poder volver a hablar con claridad.

—Deberías trepar y salir de la playa. Los acantilados son inestables. No es seguro quedarse debajo.

Belvedere se acurrucó más cerca haciendo un puchero.

—Tú te queas aquí abajo.

—Yo tengo blindaje. Y no puedo escalar. —Dio unos golpes en la arena con la extremidad fundida, balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás sobre los dos apoyos buenos.

—Pero está roto.

—Eso no importa. Tienes que subir. —Cogió a Belvedere con ambas pinzas y lo levantó por encima de su cabeza. Él soltó un chillido; al principio Calcedonia tuvo miedo de haberle hecho daño, pero los gritos se convirtieron en risas antes de que lo dejara en un saliente inclinado que llevaba a la cima del acantilado.

Ella iluminó el camino con los reflectores.

—Trepas —le dijo, y él trepó.

Y volvió por la mañana...

La historia sigue en
Arcana mundi: cuentos de fantasía y ciencia ficción
fatalibelli.com